

Por acá volvemos a encontrarnos, José-Luis, en medio de estas turbulencias democráticas que agitan a las gentes de nuestras tierras, después de aquellos encuentros en el Barrio Latino, cuando todavía podíamos decentemente, por voluntad del Estado Español, ser desterrados de Zamora o de Gran Canaria o de la Gomera.

Y te encuentro ahora metido en literatura. ¿Qué podría no decirte contra las Letras, ideación de la vida, muerte de la posible vida desconocida, y por otra parte producto cultural y pieza en el Mercado de los ideólogos, de los filósofos que hacen filosofía, de los poetas que hacen poesía, de los políticos que hacen la Historia, la de los periódicos nuestros de cada día y la de los futuros manuales de Historia de las escuelas? Pero también ¿con qué autoridad, como suele decirse, te iba yo a hablar contra las Letras, cuando yo mismo —es un decir eso de «mismo»— incido y reincido en ese mismo proceso de producción de la Cultura?: ¿con la esperanza de que, a pesar de todo, quepa desde dentro de las instituciones literarias alguna equivocación que sea desconstitución de las instituciones y muerte de la muerte escrita? ¿Quién nos iba a dar garantías a ti ni a mí de semejantes esperanzas? No pues: si te lo digo, que sea sin autoridad ninguna.

Y bien que me hubiera gustado, antes de enviarte esta nota, haber tenido algún vagar y calma, en medio de tantas agitaciones como a uno lo arrastran estos días, para leer del todo tu novela, y decirte algo de lo que me había parecido. Pero ya ves: apenas he podido hacer hasta ahora más que recorrer las primeras páginas y echarle una ojeada por encima al resto, reservándome la lectura más detenida para días más ociosos. Por lo que he visto, puedo decirte que hay en el libro unas partes que resultan especialmente deleitosas y con muchos aciertos evocativos, aquellas en que la materia viene dada sin duda como una elaboración de tus propios recuerdos de tus primeros años y de tus islas; y otras partes, en que sacas más bien temas de la Guerra Civil, y la novela se vuelve descaradamente acusatoria y panfletaria, que son aquellas que no pueden haberse alimentado de tus recuerdos, sino ya de tus lecturas. Porque, ay José-Luis, lo más triste de nuestra Guerra Civil es que es también Historia y también Literatura.

No tengo que andarte diciendo por dónde van en esto mis preferencias, dado lo que otras veces he hablado contigo sobre la necesidad de que, aun cuando se piense que una producción poética sirve para algo, su actuación no puede ser sino tanto mejor cuanto más indirectos los medios que se usen.

Pero, sea como sea, y en conjunto, lo que quiero es agradecerte el regalo que nos haces, con el testimonio de tus ojos y de tus oídos, de algo de las luces y las calles de tus islas, de algo del lenguaje sabroso de sus gentes. Y con ello, saludarte, con un abrazo de cariños ya viejos y de estima que se acrecienta por días, a tu entrada en este embarullado y triste reino de la literatura.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO  
Madrid, 28 de Abril de 1977